poderosamente en la constitución de los actuales climas de la tierra y determinado las relaciones de lucha permanente en que vive el hombre con los elementos, acaso hayan sido en los designios de la providencia divina el castigo de la prevaricación del Edén, y como un quejido profundo arrancado á la naturaleza por el pecado del hombre, llamado, por la excelencia de sus condiciones nativas y por los privilegios de la gracia, á ser el altar que elevase hasta el Creador el incienso de adoración de todas las criaturas. Ni esos períodos han sido hasta hoy suficientemente estudiados en sus causas, en su naturaleza y en sus efectos, ni estamos ciertos de si han precedido ó seguido á la aparición del hombre sobre la tierra [1]. Una sola cosa es indudable: que las ciencias naturales, la crítica histórica, las tradiciones de los pueblos y las ciencias todas auxiliares de la etnografía y de la antropología, no han encontrado, en el largo trayecto de sus pacientes investigaciones, un solo hecho que debilite el dogma católico del pecado original y su transmisión á todo el linaje humano. Y sin hacernos eco por el momento de la remembranza más ó menos clara que conservaron los pueblos más antiguos del globo de esa catástrofe primitiva, remembranza que nos han transmitido en monumentos de antigüedad indiscutible; sin examinar aquí si el estado salvaje á que descendieron algunas tribus de tiempos remotísimos, evocados de sus tumbas milenarias por la antropología prehistórica, es ó no consecuencia del pecado y resultado necesario de anterior civilización extinguida, como defiende Schelling, basta fijar la atención en la humanidad que nos rodea y de la cual formamos parte integrante, para comprender que sólo el dogma del pecado original explica plausiblemente sus aspiraciones, sus luchas, sus vicisitudes y su historia.

12. El hombre es una mezcla incomprensible de grandezas y de miserias. Dotado de razón, de voluntad libre, y atormentado sin cesar por la idea del progreso, domeña la materia, triunfa de los animales, venciéndolos á todos en la lucha por la existencia y haciéndolos servir á la satisfacción de sus necesidades y de sus caprichos. Rey de la creación por la fuerza de su inteligencia, se apodera del rayo con Franklin, analiza los astros con Kirchhoff, los pesa con Kepler y Hook, descubre nuevos mundos con Colón, y aplica el vapor al movimiento con Wat; mientras que abrigando un convencimiento consciente ó inconsciente de su origen divino y de su vocación altísima, si no adora á Dios se hace Dios negándole, y no se satisface con el señorío y posesión de cuanto abarca con su mirada, limitada únicamente por el horizonte del tiempo. Es el único que tiene noción del deber y que falta á su cumplimiento; los odios, los perjurios, las maldiciones, la impiedad, el parricidio, el asesinato, las obscenidades contra las leyes más apremiantes de la naturaleza, los ataques á la propiedad, las injurias, los improperios, las calumnias y las mentiras de toda laya: ¿dónde anidan esas inmundas sabandijas sino en el corazón y en la inteligencia del hombre, formado para rendir culto perenne al bien y á la verdad? Hace siglos que el mundo sideral gira en el espacio inmenso, poniendo en vibración al éter, iluminando cielos y tierra con indeficiente luz y conservando esa harmonía inefable que canta la gloria del Creador; el reino zoológico, en su variedad asombrosa, surca los mares y hiende los aires, repta y anda en la tierra ó trepa por los árboles, trina, muge ó canta, construye sus guaridas y sus nidos, cría sus pequeñuelos en determinadas estaciones, vive y muere, llenando un fin que desconoce y que satisface todas sus exigencias; florecen y fructifican las plantas, hermoseando la tierra, regocijando al hombre y proveyendo á sus necesidades, sin que en ese concierto indescriptible de toda la naturaleza haya otra nota discordante, ni otro gemi-

1 Parece puesto fuera de toda duda que el primer período glaciar, por lo menos, es anterior al hombre. Sobre el segundo cabe discusión.

do de angustia, ni otra infracción de las leyes que los procedentes de la proscripta descendencia de Adam. Nacemos desnudos, débiles, inermes é indigentes, en lucha con los elementos y con nuestra personal penuria, y condenados á muerte súbita, si exteriores auxilios no acuden á prolongar nuestra agonía. En posesión de una ciencia que á menudo nos envanece, y dotados de una libertad que nos enloquece casi siempre, cébanse en nosotros con inusitada saña las enfermedades, las epidemias, las guerras, las fatigas y miserias que otros seres desconocen, y explotados y explotadores de nuestra propia especie, vegetamos, más que vivimos, en perpetua servidumbre. Y si á este incompleto esbozo de humanas lacerias se añade que el hombre no encuentra su fin sobre la tierra, que se le niega la sal y el agua de toda felicidad sin zozobras, que no sabe científicamente ni conoce por instinto para qué nació, ni qué será de él en el día de mañana, dígasenos, por la vida, si es científico, ni racional, ni humano, identificar nuestros destinos con los del molusco y del radiado, y ahogar las nobles aspiraciones de todo nuestro sér en esa vana y estólida esperanza de identificar nuestro fin con el fin terreno, para aumentar con nuestros despojos orgánicos la estratificación de la corteza del globo [1] ó alimentar la luz del sol con la llama de nuestra inteligencia [2]?

No; el hombre es un rey caído, con reminiscencias indelebles de su antigua grandeza; es un soldado herido en su primera contienda, en los albores de su aparición sobre la tierra, que restaña con la sangre del Redentor las llagas que le causó el pecado original y los pecados personales, y se apresta á la reconquista del perdido paraíso. El Adam antiguo y el nuevo Adam, la caída del Edén y la redención del Gólgota, son los polos en que descansan la historia y los

1 Strauss, *L'Ancienne et la nouvelle foi.*
2 Figuier, *Le Lendemain de la morte.*

destinos de la humanidad; son la fuente sellada, do la sabiduría racionalista no penetrará jamás para enturbiar las cristalinas aguas de la verdad revelada, que alimentan nuestra fe en Cristo, camino, verdad y vida de las almas, que nos ha de conducir en alas de esa fe, sostenida por la caridad, á las mansiones de la perpetua felicidad que deseamos.

13. Conclusión.

Enseña la fe: que la naturaleza humana perdió por el pecado de su primer padre los dones sobrenaturales, y quedó debilitada en los naturales.

La ciencia no explica la naturaleza del alma, ni nada objeta que tenga fundamento científico contra ese dogma trascendental de la Religión cristiana.

¿Dónde están los conflictos?